

La arqueología como placer

Jaime Litvak King

Mi interés por la cultura, por el ser humano y sus más extravagantes manifestaciones tiene mucho que ver, supongo, con mi infancia en el centro de la ciudad de México. A principio de los años cuarenta las calles del centro eran un verdadero mosaico cultural. Ahí convivía gente de todas las regiones del país y de muchas partes del mundo. Era un bullicio constante formado por la mezcla de un sin fin de idiomas y acentos. Judíos de toda Europa, indígenas oaxaqueños, comerciantes libaneses, exiliados republicanos españoles, prósperos restauranteros de origen chino, en fin, todo un universo y yo, niño curioso, los veía, los oía y cuando se podía probaba su comida.

Pero mi asombro ante lo humano no se limitaba al mundo urbano de la ciudad de México. Varios veranos los pasé en Petatlán, Guerrero, con la familia de un libanés amigo de mi padre. Para un niño aquello era casi el paraíso. Iba al mar y comía sandías como loco a la sombra de una vegetación casi salvaje. Estos viajes al campo los combinaba con estancias en Nueva York en casa de un tío de mi madre.

Si bien ser testigo cotidiano de aquella diversidad fue un gran estímulo lo fue aún más el haber entrado al Colegio Israelita de México. Una escuela espléndida, ubicada entonces muy cerca de donde está ahora el Multifamiliar Miguel Alemán. Eran los años de la posguerra y recuerdo un ambiente muy estimulante para la reflexión intelectual y también muy politizado. Ahí cobró forma mi interés por las cuestiones sociales.



Aunque desde la preparatoria ya sabía que quería estudiar antropología mi padre me convenció de buscar algo más "productivo". Estudié economía en la UNAM y luego hice estudios de historia económica en la Universidad de California. Cuando regresé a México ya nadie me detuvo y por ahí de 1958 comencé a estudiar en la Escuela Nacional de Antropología e Historia, cuyos salones se hallaban en el segundo piso de lo que ahora es el Museo de las Culturas y que entonces era el Museo Nacional de Antropología, en la calle de Moneda, esquina con Correo Mayor.

Mi gran maestro fue José Luis Lorenzo. Gracias a él supe de las teorías de Gordon Childe sobre la revolución neolítica y la revolución urbana. Bajo esa óptica el estudio de la prehistoria de lo que hoy llamamos México tomó otras rutas. Tanto Lorenzo como su maestro Pedro Armillas, y en cierta forma don Pablo Martínez del Río, representaban una corriente alterna a la que encabezaba don Alfonso Caso. Hasta entonces la arqueología mexicana había privilegiado

el trabajo de los grandes conjuntos arquitectónicos, algo perfectamente entendible en un país como el nuestro. Pero hacía falta contestar otras preguntas y poner atención en ciertos fenómenos relacionados con la vida social entendida esta en un sentido más amplio y profundo.

Tuve la suerte de llegar a la arqueología mexicana en un momento clave de su desarrollo. Tras finalizar la segunda guerra mundial el gobierno se dio cuenta de que las ruinas prehispánicas eran un gran atractivo turístico y eso representaba entrada de divisas, así que destinó más dinero para las exploraciones. Los trabajos en Palenque y en Xochicalco, entre otros son muestra de este impulso. Asimismo, la construcción del Museo Nacional de Antropología e Historia en Chapultepec es, en parte, resultado de esta visión que busca sacar provecho de la riqueza histórica del país. Obviamente que hay maneras de hacerlo. Lo que hace actualmente el gobernador de Veracruz Miguel Alemán en la zona de El Tajín es terrible por la falta de cuidado de los organizadores del famoso festival. Necesitamos urgentemente revisar la ley que regula el rescate y preservación de ese pasado.

De cualquier forma sigo pensando que no puede haber algo más interesante que la disciplina a la que yo me dedico. Me da la oportunidad de enterarme de chismes, desde la prehistoria hasta hoy. Al mismo tiempo soy *boy scout* y soy un sabio. Leo, trabajo en un laboratorio y salgo al campo. Hago ciencias y humanidades. Dibujo y uso la computadora. Y además puedo viajar y meterme a todas las cantinas de todo el mundo. ♦